

# TRATANDO DE SER REALISTAS

**Lic. Rafael Rodríguez Loucel**

*Asesor de Rectoría UTEC.*

Mucho se habla de modelos económicos, de planes de nación, etc. Estas formas de presentación de mecanismos o medidas, pretenden concretamente alcanzar objetivos de orden socio-económico y político. Generalmente están vinculados con un mayor crecimiento económico en condiciones de estabilidad financiera y con la reducción de la pobreza extrema. Algunas medidas que se requiere tomar, para alcanzar esos máximos anhelos, se han vuelto lugares comunes, aún cuando otros las califican de innovadoras. En todo caso son aspiraciones, paradigmas o el deber ser, y lo que puede afirmarse es que son genuinas de toda sociedad, que aspira a que, quienes la integran, vivan en mejores condiciones.

Independientemente de lo útil que puedan ser estas herramientas para orientar los esfuerzos de los agentes productivos, y en especial la agenda de trabajo de un gobierno, en cualquier economía del mundo, lo que hace que los objetivos de tales esquemas funcionen son, entre otros, los siguientes:

- 1) El aumento de una fuerza de trabajo productiva.
- 2) La acumulación de capital físico, incluyendo la habilitación efectiva de recursos naturales con valor económico.
- 3) El aumento de la productividad, es decir, el aumento de la producción que se logra más allá del aumento del trabajo y de la acumulación de capital físico, por el aprovechamiento de oportunidades antes inexploradas, por la introducción de tecnologías y por mejores medios de organización y administración de los recursos disponibles.

Estas tres fuentes de crecimiento se dan normalmente juntas y se complementan unas a otras. Pero las circunstancias en que generalmente se produce el proceso de crecimiento hacen que el énfasis se ponga algunas veces en el aumento de los factores (capital y trabajo) y otras, en el aumento de la productividad.

En El Salvador, se necesita que se impulsen las tres fuentes de crecimiento. Si de mano de obra capacitada se está hablando, se debe entender por el aumento de las fuerzas de trabajo técnico; si la referencia es al capital, la acumulación rápida del mismo es obviamente necesaria, en un país que se ha caracterizado por una descapitalización (maquinaria, equipo, etc.), falta de ahorro (de las personas, de las empresas y del gobierno) y por sus fugas de capital.

Una aparente crisis de confianza en algunos sectores productivos, que el que escribe ha percibido en diversas ocasiones, son expresiones o declaraciones preocupantes de algunos empresarios, tales como: que sus empresas se encuentran en estancamiento y permanecen con poca innovación, una falta de motivación empresarial, poca o nula tendencia al ahorro, falta de reinversión de utilidades, dependencia casi absoluta del crédito, tentación a la evasión fiscal y prácticas especulativas de todo tipo.

¿Qué provoca esta crisis de confianza? es la interrogante, algunas respuestas podrían ser, entre otras, las siguientes: la ausencia de una guía o referencia concreta y con credibilidad de la política, la cada vez mayor dependencia de los donativos del exterior y cada vez menos dependencia del esfuerzo productivo interno. En tal sentido, se hace necesario un aumento del ahorro, un equilibrio entre la reinversión de utilidades y el uso del crédito, repatriación de capitales, uso productivo del crédito, ausencia de evasión fiscal, etc. Como soluciones parciales se podrían citar las siguientes: Esfuerzos serios de las instituciones o entes decisivos, en la búsqueda de una seguridad ciudadana, un esquema económico con objetivos claros y alcanzables en el corto y mediano plazo, estrategias precisas, una voluntad política de querer hacer las cosas bien y un régimen de derechos y obligaciones de aplicación discriminada.

Si las circunstancias ambientales del país lograsen mejorar la seguridad personal, crear un eficaz régimen de derechos y obligaciones y se lograra una auténtica estabilidad socio-política; la economía podría iniciar avances en su competitividad en un mundo globalizado, con el aprovechamiento de nuevas oportunidades comerciales, con innovaciones tecnológicas, con reformas institucionales importantes; todo lo cual permitiría una organización de la producción con costos significativamente menores y a precios competitivos. Estos avances se constituirían en motores de crecimiento, al mejorar la rentabilidad del capital y la remuneración al trabajo. Se crearían también incentivos económicos a la inversión (interna y externa), y a la repatriación de capitales. Se terminaría completando y reforzando el proceso de expansión de la capacidad competitiva horizontal y no sólo dependeríamos de unos pocos productos que, por espacios esporádicos de mercado o por alzas efímeras de precios, hacen crecer las exportaciones, sino también se crearía una oferta exportable más diversificada. Es sólo a partir de estos progresos y siendo pragmáticos, que simultáneamente podríamos hablar de bases más amplias de ingreso nacional para combatir la pobreza extrema.

Finalmente, otros factores, intangibles tal vez, pero estratégicos, consisten en la existencia de una palpable o evidente voluntad política del Estado para erradicar gradualmente este fenómeno estructural y un abandono de la costumbre de anteponer los intereses particulares a los de la colectividad en el orden político económico de unos pocos, al aceptar que no hay verdad absoluta y de que no hay ideologías perfectas, si de política se trata; de no ceder espacios para nuevos empresarios con afán de superación, de no crear oportunidades de trabajo adicionales, ceder parte de las utilidades y compartir mercados, si de economía se habla.